

chas? ¿No me habéis vos mismo enseñado a despreciarlos? ¿Quién sabe mejor que yo cuánto honro y quiero respetar a Sofía? No causará mi cariño su afrenta que, por el contrario, redundará en gloria suya y será digno de ella. Aun cuando mi corazón le rinda en todas partes el homenaje y las atenciones que merece, ¿en qué la puedo agraviar? «Querido Emilio, replico dándole un abrazo, discurrís por vos; aprended a discurrir por ella. No comparéis el honor de un sexo con el del otro, que tiene principios totalmente distintos. Igualmente sólidos y racionales son estos principios, porque igualmente provienen de la Naturaleza, y la misma virtud que por vos os hace despreciar los dichos de los hombres, os obliga a que los respetéis por vuestra amada. Vuestro honor consiste en vos solo, el suyo pende de otro. Descuidarle sería faltar al vuestro, y no cumplís con lo que a vos mismo debéis, si sois causa de que no la tributen el que se le debe».

Explicándole entonces estas diferencias, le hago conocer cuán injusta cosa fuera no hacer aprecio de ellas. ¿Quién le ha dicho que ha de ser esposo de Sofía, cuyos sentimientos no sabe, cuyo corazón o cuyos padres acaso tienen contraídos empeños anteriores, de Sofía a quien no conoce, y que acaso no tiene con él ni una de las armonías necesarias para hacer feliz un matrimonio? ¿No sabe que para una doncella todo escándalo es una mancha indeleble, que ni aun borra el matrimonio con el que la ha causado? ¡Ah! ¿Qué hombre sensible quiere perder a la que ama? ¿Qué hombre honrado quiere que lllore para siempre una desventurada la desgracia de haberle agradado?

Asustado el joven con las consecuencias que le hago notar, y extremado siempre en sus ideas, ya cree que nunca está bastante lejos de la mansión de Sofía: dobla el paso para desviarse con más precipitación; mira

en torno nuestro por si nos escuchan; mil dichas sacrificaría al honor de la que ama, más quisiera no volverla a ver en su vida, que causarle la más leve desazón. Este es el primer fruto de mi esmero para formar en él, cuando mozo, un corazón que supiese amar.

Trátase, por tanto, de encontrar un albergue apartado, pero no remoto. Averiguamos, nos informamos, sabemos que a dos leguas largas hay una ciudad; vamos a buscar alojamiento en ella, más bien que en las aldeas más inmediatas, donde se haría sospechosa nuestra mansión. Al fin llega aquí el nuevo amante, lleno de amor, de esperanza, de alegría, y más que todo de buenos sentimientos, y dirigiendo así poco a poco su naciente pasión a lo que es bueno y honrado, voy disponiendo todas sus inclinaciones a que insensiblemente tomen el mismo camino.

Me acerco al término de mi carrera, ya le ve desde lejos. Todas las dificultades grandes están vencidas, todos los grandes obstáculos superados; ya nada penoso me queda que hacer, como no sea no estropear mi obra, dándome prisa a concluirla. En la incertidumbre de la vida humana, evitemos más que todo la falsa prudencia de sacrificar lo presente a lo venidero, que así se sacrifica muchas veces lo que es a lo que no será. Hagamos dichoso al hombre en todas edades, por si acaso después de muchos afanes se muere antes de haberlo sido. Ahora bien, si hay un tiempo a propósito para disfrutar de la vida, ciertamente es al fin de la adolescencia, en que han cobrado su mayor vigor las facultades del cuerpo y el alma, y en mitad el hombre de su carrera ve desde muy lejos ambos términos que le hacen sentir su brevedad. Si se engaña la mocedad imprudente, no es en querer gozar, sino en que buscar el gozo donde no existe, y preparándo-

se a un desgraciado porvenir, ni siquiera sabe usar del momento presente.

Contemplad a mi Emilio a los veinte años cumplidos, bien formado, bien constituido de cuerpo y de espíritu, fuerte, sano, listo, mañoso, robusto, lleno de discernimiento, de razón, de bondad, de humanidad, con buenas costumbres, sano gusto, que ama la belleza, que obra bien, libre del imperio de las pasiones crueles, exento del yugo de la opinión, pero sujeto a la ley de la sabiduría y dócil a la voz de la amistad; poseedor de todos los talentos útiles y muchos agradables, cuidándose poco de las riquezas, llevando sus recursos al extremo de sus brazos, y no teniendo miedo de que le falta el pan en cualquier evento. Embriagado ahora con una naciente pasión se abre su corazón a los fuegos primeros del amor; sus dulces ilusiones forman para él un nuevo mundo de goces y delicias; su ídolo es amable, y todavía más amable por su carácter que por su persona; espera, aguarda una correspondencia que conoce le es debida.

De la armonía de los corazones, del concurso de honrosos sentimientos, se ha formado su primera inclinación, la cual debe ser duradera. Confiado, y aun fundado en razón, se entrega al delirio, sin temor, sin pesar, sin remordimiento, sin otra inquietud que aquella que es inseparable del sentimiento de la felicidad. ¿Qué puede hacer falta a la suya? Ved, indagad, imaginad lo que aun necesita y que se pueda hermanar con lo que posee. Reúne todos cuantos bienes juntos pueden alcanzarse, no es posible añadirle ninguno como no sea a costa de otro, y es dichoso cuanto puede un hombre serlo. ¿Acortaré yo en este instante tan dulce suerte? ¿Enturbiaré tan puros contentos? ¡Ah! Todo el precio de la vida consiste en la felicidad que goza. ¿Qué pudiera volverle yo que valiese tanto

como lo que le hubiera quitado? Aun poniendo el colmo a su felicidad, deshiciera su más poderoso encanto. Cien veces más dulce es la esperanza que la posesión de esta dicha suprema: más la goza quien la espera que quien la disfruta. ¡Oh, buen Emilio! Ama y sé amado; goza dilatado tiempo antes que poseas, goza a un tiempo del amor y de la inocencia, disfruta la bienaventuranza en la tierra mientras te aguarda la otra; no abreviaré yo esta feliz época de tu vida; mantendré el encanto y le prolongaré cuanto me sea posible. ¡Ay! Fuerza es que se acabe y que se acabe en breve, pero haré a lo menos que dure eternamente en tu memoria, y que nunca te arrepientas de haberle disfrutado.

No se olvida Emilio de que tenemos restituciones que hacer. Luego que están prontas, tomamos caballos, vamos a galope; por esta vez, no bien partimos, querría ya haber llegado. Al punto que el corazón da cabida a las pasiones, se la da al tedio de la vida. Si no he perdido yo mi tiempo, no se pasará así la suya.

Por desgracia es muy torcido el camino y montuoso el país. Nos perdemos; lo conoce el primero y, sin impacientarse, sin quejarse, pone todo su conato en volver a dar con la senda, vaga mucho tiempo antes de encontrarla y siempre con la misma serenidad. Esto nada quiere decir para vos, pero sí mucho para mí, que conozco su índole arrebatada: veo el fruto de los afanes que me he tomado para endurecerle desde su niñez contra los tiros de la necesidad.

Al fin llegamos. El recibimiento que nos hacen es mucho más sencillo y con más agasajo que la vez primera: ya somos conocidos antiguos. Emilio y Sofia se saludan con un poco de cortedad y no se hablan todavía: ¿qué se han de decir en presencia nuestra? La conversación que necesitan no quiere testigos. Nos

paseamos por el jardín: éste tiene en vez de cuadros de flores una era de huerto muy bien distribuída, y en vez de coto un vergel cubierto de crecidos y hermosos árboles frutales de todas clases, y cortado con claros arroyuelos y acirates llenos de flores. «¡Qué hermoso sitio! exclama Emilio, lleno de su Homero y siempre entusiasta; me figuro que estoy en los jardines de Alcinoos». La niña querría saber quién era Alcinoos, y lo pregunta a su madre. «Alcinoos, les digo yo, era un rey de Corfú, cuyo jardín, que Homero describe, le tachan las personas de gusto de muy sencillo y muy poco adornado (69). Tenía este Alcinoos

---

(69) «Al salir del palacio, se encuentra un vasto jardín de cuatro aranzadas, acotado y vallado todo en derredor, plantado de crecidos árboles floridos que dan peras, manzanas, granadas y otras frutas de las más hermosas especies, higueras de dulce fruto y verdes olivos. Durante el año entero, nunca están sin fruta estos hermosos árboles; invierno y verano, el dulce sople del viento de Poniente hace al mismo tiempo agarrar unas y madurar otras. Se ven la pera y la manzana que se pasan y se secan en el árbol; el higo en la higuera, y el racimo en el sarmiento. La inagotable vid no cesa de dar uvas nuevas; unas las hacen cocer y pasarse al sol en un arca, mientras se vendimian otras, dejando en la planta las que todavía están en flor, en agraz, o empiezan a tomar color. A uno de los extremos, dos cuadros bien cultivados y todo el año cubiertos de flores adornados con dos fuentes; una de éstas se reparte por todo el jardín, y la otra, después de atravesar el palacio, va a parar a un edificio construído en la ciudad para surtir de agua a los ciudadanos».

Esta es la descripción del real jardín de Alcinoos, en el séptimo libro de *La Odisea*; jardín en que, con mengua de Homero, el soñador caduco, y de los príncipes de su tiempo, no se encuentran ni verjas, ni estatuas, ni cascadas, ni cenadores.

una amable hija, que, la víspera de recibir un extranjero la hospitalidad en casa de su padre, soñó que en breve tendría marido». Cortada Sofía, se pone colorada, baja los ojos, se muerde los labios; no es posible imaginar tamaña confusión. Su padre, que se divierte en aumentarla, toma la conversación y añade que la princesa joven iba ella misma a lavar la ropa al río. ¿Es de creer, prosigue, que no se hubiera dignado llegar a las servilletas sucias, diciendo que olían a guiso trasnochado? Sofía, contra quien va asestado el tiro, olvidándose de su natural encogimiento, se disculpa con viveza. Bien sabe su papá que no hubiera habido otra lavandera que ella para todo el jabonado, si se lo hubieran consentido (70), y que más que eso habría hecho gustosa, si se lo hubiesen mandado. Diciendo esto me mira a hurtadillas con una inquietud que no puede menos de hacerme reír, leyendo en su ingenuo corazon el sobresalto que la obliga a contestar. Tiene su padre la crueldad de rebatir este atolondramiento, preguntándola con tono burlón a qué venía el hablar ella de sí, y si creía parecerse en algo a la hija de Alcinoos. Avergonzada y temblando, no se atreve a respirar ni a mirar a nadie. ¡Hechicera niña! ya no es tiempo de fingir, a despecho tuyo te has declarado.

En breve se olvida o parece olvidarse esta escena. Por fortuna de Sofía, el único que no ha entendido palabra de ella es Emilio. Sigue el paseo, y nuestros jóvenes, que al principio iban a nuestro lado, se arreglan con dificultad a la lentitud de nuestro paso; poco a poco se adelantan, se acercan, al fin se llegan uno a

---

(70) Confieso que doy las gracias a la madre de Sofía por no haber permitido que manos tan suaves como las suyas, y que tantas veces ha de besar Emilio, se echaran a perder con el jabón.

otro, los vemos delante a bastante distancia de nosotros. Sofía parece atenta y reposada, Emilio habla y acciona con fuego; no parece que los fastidie la conversación. Al cabo de una hora larga nos volvemos, los llamamos, vienen, pero despacio a su vez, y se ve que aprovechan el tiempo. Por fin cesa su conversación de repente, antes que la podamos oír. Emilio se llega a nosotros con rostro franco y contento talante, centelleando de júbilo sus ojos, que vuelve, no obstante, con cierta inquietud hacia la madre de Sofía, por ver cómo le recibirá. La joven no tiene el aire tan satisfecho; al acercarse parece confusa de verse a solas con un mancebo: ella, que tantas veces se ha encontrado sola con otros sin cortedad, y sin que nunca lo hayan llevado a mal. Dase prisa a ir junto a su madre, titubeando un poco y diciendo palabras que no significan nada, como para dar a entender que está allí mucho tiempo hace.

Por la serenidad que está retratada en el semblante de estas amables criaturas, vemos que esta conversación alivió de un enorme peso sus juveniles pechos. No son menos recatados uno con otro, pero es menos embarazoso su recato, que ya sólo procede del respeto de Emilio, de la modestia de Sofía y de la honestidad de ambos. Emilio se atreve a dirigirle algunas palabras; a veces también se atreve ella a responder, pero nunca sin mirar antes a su madre. La mudanza que más clara se nota en ella, es conmigo. Me manifiesta una estimación más obsequiosa, me mira con interés, me habla con cariño, está atenta a todo cuanto me puede agradar; veo que me honra con su estimación y que no es indiferente para ella el granjearse la mía. Comprendo que le ha hablado Emilio de mí: dijérase que habían convenido en ganarme; pero no es así, y la misma Sofía no se gana tan presto. Acaso necesitará

él más de mi valimiento con ella, que del suyo conmigo. ¡Pareja encantadora!... Al pensar que en la primera conversación con su dama mi amigo mozo le ha hablado mucho de mí, recibo la paga de mis afanes: su amistad me ha resarcido de todo.

Reitéranse las visitas, y son más frecuentes las conversaciones entre nuestros mozos. Embriagado Emilio de amor, cree que ya toca su felicidad; no alcanza, sin embargo, el consentimiento formal de Sofía, que le escucha y nada le responde. Conoce Emilio toda su modestia; poco le maravilla tanto recato; siente que no está mal en su ánimo; sabe que los padres son los que casan a las hijas; supone que Sofía aguarda la orden de sus padres: la pide licencia para solicitarla y ella no se opone. Me habla, hablo yo en su nombre y a su presencia. ¡Qué extraño es para él saber que Sofía pende de sí sola, y que para hacerle feliz le basta con querer! Empieza a no entender su conducta; se disminuye su confianza; se sobresalta, se cree menos adelantado de lo que pensaba, y entonces, para ablandarla, el amor más tierno usa su más patético idioma.

Emilio no es capaz de adivinar lo que le perjudica: si no se lo dicen no lo sabrá en su vida, y Sofía es demasiado altiva para confiárselo. Las dificultades que la detienen serían estímulos para cualquiera otra. No ha olvidado las lecciones de sus padres. Es pobre, Emilio rico, y ella lo sabe. ¡Cuánto necesita hacerse estimar de ella! ¡Cuánto mérito para borrar esta desigualdad! Mas, ¿cómo ha de parar él su pensamiento en este obstáculo? ¿Sabe si es rico? ¿Piensa siquiera en informarse de ello? Gracias al cielo no necesita serlo, y sin eso sabe ser benéfico. El bien que hace sale de su pecho y no de su bolsillo. A los desventurados les da su tiempo, su afecto, su persona, y, en la valuación de sus beneficios, apenas si se atreve a con-

tar por algo el dinero que reparte entre los infelices.

No sabiendo a quién culpar de su desgracia, se culpa a sí propio: porque, ¿quién osará acusar de un capricho al objeto de sus adoraciones? Auméntase con el desaire del amor propio el desconuelo del amor desdafiado. Ya no se acerca a Sofía con aquella amable confianza de un corazón que se siente digno del suyo: está trémulo y medroso ante ella. Ya no espera moverla por la ternura, y procura ablandarla por la piedad. Alguna vez se cansa su paciencia y va a sustituirle el despecho. Sofía, que parece presentir estos arrebatos, le mira: esta mirada le desarma al punto y está más sumiso que antes.

Turbado con esta terca resistencia y este silencio invencible, vierte su corazón en el de su amigo, deposita en él los duelos de su pecho desgarrado por el pesar, implora su asistencia y sus consejos. ¡Qué impenetrable misterio! La interesa mi suerte, no lo puedo dudar: lejos de huirme parece complacerse conmigo; cuando llego, demuestra alegría y sentimiento; cuando me voy, recibe con bondad mis obsequios; parece que mis servicios son de su agrado; se digna darme consejos y a veces preceptos. No obstante, desecha mis solicitudes, mis ruegos. Cuando me atrevo a hablarla de unión, me impone silencio y, si añadido una palabra, al instante me deja. ¿Por qué extraña razón quiere que sea yo suyo sin querer dar oídos a ser ella mía? Vos, a quien honra, a quien ama, y quien no mandará callar, hablad, haced que hable ella, servid a vuestro amigo, coronad vuestra obra: no hagáis funestos para vuestro alumno vuestros afanes. ¡Ah!, los que os debe labrarán su miseria, si no completara su felicidad.

Hablo con Sofía, y con poca dificultad le saco un

secreto que yo sabía antes que ella me le dijera. Con más dificultad me da licencia para instruir de él a Emilio; la alcanzo, en fin, y uso de ella. Esta explicación le causa un asombro de que no puede volver. No entiende esta delicadeza, ni concibe qué pueden hacer para el carácter y el mérito algunos doblones más o menos. Cuando le doy a entender lo que hacen para la preocupación, se echa a reír, y, arrebatado de júbilo, quiere partir al instante, ir a romperlo todo o renunciar a ello, para tener la honra de ser tan pobre como Sofía y volver digno de ser esposo suyo.

«¿Pues qué, dije deteniéndole y riéndome a mi vez de su ímpetu, nunca ha de madurar esa juvenil cabeza? ¿Y después de haber filosofado toda vuestra vida, nunca aprenderéis a discurrir? ¿Cómo no veis que, con llevar a cabo vuestro desatinado proyecto, vais a empeorar vuestra situación y hacer a Sofía intratable? Poseer algún caudal más que ella es corta ventaja, pero sería muy grande habérsele sacrificado todo: y si no puede resolverse su altivez a deberos la obligación primera, ¿cómo había de resolverse a deberos otra? Si no quiere consentir que su marido pueda echarla en cara que la hizo rica, ¿cómo había de consentir que pudiese acusarla de que por ella se había hecho pobre? ¡Ah, desventurado! Temblad de que sospeche que semejante proyecto habéis tenido. Hacedos, por el contrario, económico y cuidadoso por amor de ella; no llegue a maliciarse que la queréis ganar por astucia, y que la sacrificáis voluntariamente lo que por negligencia vuestra perdáis.

»¿Creéis que en realidad el mucho caudal la asuste y que proceda su oposición precisamente de vuestras riquezas? No, amado Emilio; tienen más sólida y grave causa en el efecto que producen estas riquezas que en el alma del poseedor. Sabe que los que tienen bie-

nes de fortuna siempre los prefieren a todo. Los ricos estiman el oro más que el mérito. En la puesta común del dinero y los servicios, nunca encuentran que éstos pagan lo suficiente por aquél, y piensan les queda deudor el que pasa su vida sirviéndolos y comiendo su pan. ¿Pues qué debéis hacer para tranquilizar sus temores? Daos bien a conocer de ella, que no es cuestión de un día. En los tesoros de vuestra noble alma enseñadle con qué rescatar aquéllos que, por vuestra desgracia, os han cabido en suerte. Venced su resistencia a fuerza de tiempo y constancia; forzadla, por medio de grandes y generosos sentimientos, a que se olvide de vuestras riquezas. Amadla, servidla y servid a sus respetables padres. Probadle que vuestros obsequios no son efecto de una loca y efímera pasión, sino de los principios indelebles grabados en lo interior de vuestro corazón. Honrad dignamente el mérito que es agraviado de la fortuna: único medio de reconciliarle con el mérito por ella favorecido».

Ya se dejan entender los raptos de júbilo que en el joven produce este razonamiento, cuánta confianza y esperanza le restituye, cuántos parabienes se da su honrado corazón por tener que hacer, para agradar a Sofía, todo lo que haría por sí mismo, aun cuando Sofía no existiera, o de ella no estuviera enamorado. ¿Quién no imaginará su conducta en este lance, por poco que haya comprendido su carácter?

Héteme ya confidente de mis dos buenas personas, y medianero de sus amores. ¡Hermoso cargo para un ayo! Tan hermoso, que en mi vida hice cosa que tanto me enalteciese a mis propios ojos y que me dejase tan satisfecho conmigo propio. En cuanto a lo demás, este cargo no deja de ser agradable: no soy mal recibido en la casa; se fían de mí para que cuide de que no se desmanden los amantes. Emilio, que siempre está

temblando de disgustarme, nunca ha sido tan dócil. La niña me llena de halagos que no me engañan, y sólo guardo para mí la parte que de ellos me toca: así indirectamente se resarce del respeto en que contiene a Emilio. En mí le hace mil tiernos cariños que quisiera más morir que hacerle a él propio, y él, que sabe que yo no quiero perjudicar a sus intereses, está prendado de nuestra armonía recíproca. Se consuela si no le quiere dar el brazo para pasear, cuando ve que es porque prefiere el mío. Sin murmurar se desvía, apretándome la mano, y diciéndome en voz baja y enérgica: «Hablad, amigo, en mi favor». Sus ojos nos siguen con interés: procura leer en nuestros semblantes nuestros sentimientos, y por nuestros ademanes interpretar nuestras palabras; sabe que no es indiferente para él nada de cuanto entre nosotros se dice. ¡Buena Sofía, cuán a tus anchas se halla tu sincero corazón, cuando, sin que te oiga Telémaco, puedes departir con su Mentor! ¡Con qué amable franqueza le dejas que lea todos los afectos de tu corazón! ¡Con qué gusto le muestras toda tu estimación a su alumno! ¡Con cuán tierna ingenuidad le permites que adivine sentimientos más dulces! ¡Con qué fingido enojo despides al importuno, cuando su impaciencia le fuerza a interrumpirte! ¡Con cuán hechicero despecho le afeas su imprudencia, cuando te viene a estorbar que hables o que oigas hablar bien de él, y que de mis respuestas saques por lo regular algún nuevo motivo de quererle!

Habiendo logrado Emilio que le consientan como amante declarado, esfuerza los derechos de tal; habla, apremia, solicita, importuna. Respóndanle con aspereza, maltrátanle, poco le importa con tal que le escuchan. En fin, no sin dificultad logra que Sofía consienta por su parte en tomar sin rebozo sobre él la autoridad de amada, que le prescriba lo que ha de hacer,

que le mande en vez de rogarle, y en vez de darle gracias acepte, que arregle el tiempo y el número de sus visitas, que le prohíba que hasta tal día venga, y que se quede pasada tal hora. Nada de esto se hace en chanzas, sino muy de veras, y, si con dificultad admitió estos derechos, los usa con un rigör que al pobre Emilio muchas veces le obliga a que sienta el haberse los dado. Pero, mande ella lo que quisiere, él nunca replica, y mil veces cuando se va por obediencia me mira con ojos llenos de gozo que me dicen: ya veis que ha tomado posesión de mí. La picarilla todo lo observa con disimulo y se sonríe secretamente de la sumisión de su esclavo.

Albano y Rafael, prestadme el pincel del deleite. Divino Milton, enseña a mi tosca pluma a que describa los contentos del amor y la inocencia: mas no, esconded vuestras artes mentirosas ante la santa verdad de la Naturaleza. Tened sólo pechos sensibles y almas honestas; dejad luego vagar sin trabas vuestra imaginación por los raptos de dos enamorados jóvenes, que a vista de sus padres y sus guías se abandonan a la ilusión dulcísima que los halaga, y en la embriaguez de sus deseos se adelantan con lentos pasos hacia el término, enlazando con guirnaldas de flores el bienhadado vínculo que ha de unirlos hasta el sepulcro. Tantas hechiceras imágenes a mí propio me embriagan; las amontono sin orden ni conexión, pues me impide ligarlas el delirio que en mí excitan. ¡Oh! ¿Quién teniendo entrañas no sabrá retratar dentro de sí la deliciosa imagen de las varias situaciones del padre, la madre, la hija, el ayo, el alumno, y del concierto de unos y otros para la unión de la más encantadora pareja que han podido hacer dichosos el amor y la virtud?

Ahora sí que, deseando verdaderamente agradar,

empieza a sentir Emilio el valor de los talentos recreativos que ha adquirido. Sofia gusta del canto; canta con ella: hace más, la enseña música. Es viva y ligera, gusta de brincar; baila con ella, convierte en pasos sus brincos y los perfecciona. Estas lecciones embelesan, las anima la retozona alegría que suaviza el tímido respeto del amor: es lícito a un amante dar estas lecciones con enajenamiento y ser el maestro de su amada.

Hay un clave viejo todo descompuesto: Emilio le compone y le temple; es pianista, es guitarrero no menos que ebanista: siempre fue su máxima aprender a no necesitar de socorro ajeno para todo lo que podía hacer por sí propio. Está la casa en situación pintoresca: saca de ella varias vistas en que a veces Sofia pone mano, con las que adorna el gabinete de su padre, y no son dorados los marcos ni necesitan serlo. Viendo dibujar a Emilio e imitándole ella, se perfecciona a ejemplo suyo, cultiva todos los talentos, y con su donaire todos los hermosea. Cuando ven sus padres brillar de nuevo en torno suyo las bellas artes, únicas que les hacían amar su pasada opulencia, la recuerdan en su memoria; toda su casa está alhajada por el amor; él solo hace que sin coste y sin trabajo reinen en ella los placeres que en otro tiempo sólo se reunían a fuerza de afanes y dinero.

Como el idólatra con los tesoros que estima el objeto de su culto enriquece y atavía en el altar al Dios que adora, en vano contempla el amante perfecta a su dama, pues sin cesar quiere añadirle nuevos adornos. No los necesita para agradecerle, pero necesita él adornarla; que es nuevo homenaje que se figura tributarles; nuevo interés que añade al gusto de contemplarla. Parecele que nada hermoso está en su lugar cuando no adorna la beldad suprema. Espectáculo

es tierno y risible a la par ver a Emilio ansioso por enseñar a Sofía todo cuanto sabe, sin consultar si es de su gusto, o si le conviene lo que quiere enseñarle. De todo le habla, todo se lo explica con pueril anhelo: cree que le basta con hablar y que al instante le ha de entender: de antemano se figura el gusto que tendrá en discurrir y filosofar con ella; juzga inútil todo cuanto sabe, si no puede ostentarlo a sus ojos; casi se avergüenza de saber cosas que ella no sepa.

Ya le tenemos dándole lecciones de filosofía; de física, de matemáticas, de historia, de todo, en una palabra. Sofía se acomoda con gusto a su favor y procura aprovechar. ¡Qué contento está Emilio cuando puede lograr dar sus lecciones de rodillas delante de ella! Cree que mira el cielo abierto. No obstante, esta situación, más incómoda para la discípula que para el maestro, no es la más adecuada para la instrucción. No sabe Sofía entonces dónde mirar para evitar los ojos que persiguen los suyos, y cuando se encuentran poco aprovecha la lección.

El arte de pensar no es ajeno de las mujeres, pero no deben hacer otra cosa que rasar la superficie de las ciencias de raciocinio. Sofía todo lo concibe y retiene poco. Donde más progresos hace es en la moral y en las cosas de gusto: en cuanto a la física, solamente conserva alguna idea de las leyes generales y del sistema del mundo. Algunas veces, al contemplar en sus paseos las maravillas de la Naturaleza, se atreven sus inocentes y puros corazones a encumbrarse hasta su autor; pues, como no temen su presencia, de consuno se dilatan ante él.

¡Qué, dos amantes, en la flor de su edad, no gastan sus conversaciones a solas en hablar de religión, ni pasan el tiempo en decir la doctrina! ¿De qué sirve envilecer lo que es sublime? Sí, sin duda; la dicen en

la ilusión que los hechiza: se contemplan perfectos. se aman, conversan con entusiasmo de lo que da precio a la virtud. Los sacrificios que le hacen se la tornan más cara. En los arrebatos que es preciso vencer, vierten juntos alguna vez lágrimas más puras que el rocío del cielo; son estas dulces lágrimas el encanto de su vida y viven en el más extático delirio que jamás gustaron almas humanas. Las privaciones mismas acrecientan su dicha, y a sus propios ojos los honra con sus sacrificios. Hombres sensuales, cuerpo sin alma, un día conocerán vuestros deleites y toda su vida llorarán el dichoso tiempo en que se los negaron.

No obstante esta buena inteligencia, no deja de haber algunas discusiones y aun quimeras: la amada tiene sus caprichos y el amante sus enfados, pero estas ligeras tormentas se disipan con rapidez y no hacen más que fortalecer la unión; la experiencia ha enseñado también a Emilio a no temerlas tanto; siempre le traen más provecho las reconciliaciones que dañan las riñas. El fruto de la primera le ha persuadido a esperar el mismo de las otras; se ha equivocado, pero al fin, si no siempre saca beneficio tan claro, siempre gana al ver confirmado por Sofía el sincero interés que tiene en conservar su corazón. ¿Quiere el lector saber cuál fue este beneficio? Vengo en ello, con tanto más gusto cuanto que me dará ocasión este ejemplo para explicar una máxima utilísima y para impugnar otra muy funesta.

Emilio ama, por consiguiente no es temerario, y además bien se deja entender que la imperiosa Sofía no es niña que le consienta familiarizarse. Como en todas cosas tiene sus límites el recato, más bien la tacharían de sobrada aspereza que de mucha indulgencia, y recela a veces su mismo padre que su excesivo



orgullo degenera en altanería. En las más secretas conversaciones a solas no se atrevería Emilio a solicitar el más leve favor, ni aun a dar muestras de aspirar a él, y cuando en el paseo quiere pasar el brazo bajo el suyo, gracia que no deja que se convierta en derecho, apenas se atreve él a estrechar este brazo contra su pecho. No obstante, después de una larga sujeción, se aventura a besar a hurtadillas su vestido, y muchas veces es tan feliz, que consiente ella en no echarlo de ver. Un día que quiere tomarse con más franqueza la misma libertad le ocurre a ella enfadarse. Empéñase él, ella se enoja y le dicta el despecho algunas expresiones picantes: Emilio no las sufre sin replicar; lo restante del día están ambos mohinos y se separan muy disgustados.

Sofía está desazonada. Su madre es su confidenta: ¿cómo le ha de esconder su sentimiento? Esta es su primer riña, ¡y una riña de una hora es negocio de tanta entidad! Está arrepentida de su culpa, su madre le permite que la repare y su padre se lo manda.

Al otro día, inquieto Emilio, vuelve más pronto de lo que acostumbra; Sofía está en el gabinete de su madre y también se halla presente el padre: entra Emilio con respeto, pero con ademán triste. Apenas le han saludado el padre y la madre cuando se vuelve Sofía y, presentándole la mano, le pregunta con voz cariñosa cómo está. Claro es que esta bonita mano se adelanta así para que la besen: Emilio la coge y no la besa. Algo avergonzada Sofía la retira del mejor talante que puede. Emilio, que no está acostumbrado a los modos de las mujeres, ni sabe para qué son buenas las manías, no las olvida con facilidad ni se apacigua tan presto. El padre, viéndola confusa, acaba de cortarla con sus burlas. La pobre muchacha, avergonzada, humillada, diera cuánto tiene por atreverse a llo-

rar y no sabe lo que se hace. Cuanto más se contiene, más se le aprieta el corazón, por fin se le escapa una lágrima mal de su grado. Emilio ve esta lágrima, se arroja a sus plantas, la coge la mano y la besa muchas veces fuera de sí. «Por quien soy que esa es demasiada bondad, dice el padre dando una carcajada, y menos indulgente fuera yo con todas estas locas y castigara la boca que me hubiese ofendido». Alentado Emilio con estas palabras, mira con suplicantes ojos a la madre y, creyendo ver una señal de consentimiento, se acerca temblando al rostro de Sofía, que desvía la cabeza y, por librar la boca, presenta su sonrosada mejilla. No se contenta el imprudente, y ella se resiste con blandura. ¡Qué beso, si no le recibiera ante los ojos de su madre. Severa Sofía, cuidado con vos; muchas veces os pedirán vuestro vestido para besarle, a condición que algunas le neguéis.

Después de este castigo ejemplar sale el padre para un asunto; despide la madre a Sofía con un pretexto; se dirige luego a Emilio y le dice con tono bastante serio: «Caballero, creo que un mozo de tan buena índole, tan bien educado como vos, que tiene buenos sentimientos y costumbres, no quisiera pagar deshonorándola la amistad que una familia le manifiesta. Yo no soy melindrosa ni gazmoña, sé lo que se ha de permitir a la festiva juventud, y buena prueba es de ello lo que a mi vista he consentido. Consultad a vuestro amigo acerca de vuestras obligaciones, y os dirá la diferencia que media entre los juegos que autoriza la presencia de un padre y una madre, y las libertades que lejos de ellos se toman, abusando de su confianza y convirtiéndolo en lazos los mismos favores que a vista de ellos son inocentes. También os dirá, caballero, que la única culpa que mi hija ha cometido con vos, es no reparar desde la vez primera en lo que nunca